

3. La unión con Cristo

LA UNIÓN CON CRISTO POR MEDIO DEL ESPÍRITU SANTO NO ES UN tema periférico en la teología bíblica, si bien suele ser dejado de lado. Es un pensamiento clave en la enseñanza del Señor, como este capítulo lo demostrará, y es tan importante en la teología paulina que un comentarista la ha llamado "el corazón de la religión de Pablo".¹ John Murray ha escrito que "la unión con Cristo es la verdad central de toda la doctrina de salvación".² Calvino explica el punto diciendo: "Solamente esta unión asegura que, en cuanto a nosotros respecta, él [Jesús] no vino en vano con el nombre de Salvador".³

A. W Pink es quizás el más enfático de todos. "El tema de la unión espiritual es el más importante, el más profundo, y además el más bendecido de todos los presentados en las Sagradas Escrituras; y sin embargo, si bien es triste afirmarlo, no hay otro tema que sea hoy tan descuidado. La expresión "unión espiritual" es desconocida en la mayoría de los ámbitos cristianos profesantes, y donde es empleada se le otorga un significado tan rebuscado que sólo lleva un fragmento de esa preciosa verdad".⁴

Este tema bíblico es indispensable para comprender la obra del Espíritu Santo al aplicar los beneficios de la expiación de Cristo en el cristiano.

La unión pasada, presente y futura

Como con la mayoría de las enseñanzas del Nuevo Testamento, la simiente de esta doctrina la encontramos en las palabras registradas de Jesús, en este caso transmitida bajo diversas metáforas e ilustraciones. Una metáfora clave es la de la vid y los pámpanos: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:4-5). Otra metáfora la encontramos en aquellos pasajes que hablan de comer a Cristo como uno comería un trozo de pan (Jn. 6:35) y de beberlo como uno podría beber agua (Jn. 4:10-14; comparar con Mt. 26:26-28). La misma idea está también sugerida en la forma en que los seguidores de Cristo han de ser recibidos o rechazados por el mundo, ya que esto es equivalente a una recepción o rechazo de él mismo: "El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Lc. 10:16).

En la oración sacerdotal del Señor, registrada en el capítulo 17 de Juan, esta unión está analizada explícitamente: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (vs. 20-21,23).

Esta doctrina está luego enfatizada y desarrollada ampliamente en los escritos de Pablo. Pensemos en las fórmulas paulinas más importantes, "en él", "en Cristo", "en Cristo Jesús", que ocurren 164 veces en sus escritos. Por medio de estas expresiones, Pablo nos enseña que hemos sido *escogidos* "en él antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:4), *llamados* (1 Co. 7:22), *hechos vivos* (Ef. 2:5), *justificados* (Gá. 2:17), *creados* "para buenas obras" (Ef. 2:10), *santificados* (1 Co. 1:2), *enriquecidos* "en él, en toda palabra y en toda ciencia" (1 Co. 1:5), *asegurados de la resurrección* (Ro. 6:5). El apóstol nos dice que únicamente en Cristo tenemos *redención* (Ro. 3:24), *vida eterna* (Ro. 6:23), *justificación* (1 Co. 1:30), *sabiduría* (1 Co. 4:10), estamos *libres* de la ley (Gá. 2:4), y disfrutamos de toda *bendición espiritual* (Ef. 1:3). Él da testimonio sobre su propia experiencia cuando dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

A partir de todas estas expresiones podemos decir que la unión del creyente con Cristo es un concepto extremadamente amplio, que tiene que ver no sólo con nuestra experiencia actual de Jesús sino que también se remonta a la eternidad pasada y se extiende hacia adelante, al futuro sin límites.

Primero, si miramos hacia atrás, la fuente de salvación la encontramos en la elección eterna del individuo por Dios el Padre en Cristo. Este es el significado de todo el pasaje del capítulo 1 de Efesios, del cual ya hemos citado algunas partes; "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo" (Ef. 1:3-4). Es posible que no podamos comprender todo el significado de esta elección eterna en Cristo, pero al menos podemos entender que no importa cuánto nos remontemos atrás en el tiempo, encontraremos que los propósitos de Dios involucran nuestra salvación. La salvación no es un pensamiento a

posteriori. Siempre estuvo allí desde el principio.

Un comentarista ha escrito: "La primer tarea que el Espíritu Santo llevó a cabo en representación nuestra fue la de elegirnos como miembros del cuerpo de Cristo. En sus decretos eternos, Dios determinó que no estaría siempre solo, que de la multitud de hijos de Adán, un gran número se convertirían en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina y conformes a la imagen del Señor Jesucristo. Esta compañía, la plenitud de aquel que todo lo llena, se convertirían en hijos por el nuevo nacimiento, pero en miembros del cuerpo por el bautismo del Espíritu Santo".⁵

Segundo, en el presente estamos unidos con Cristo en nuestra regeneración o nuevo nacimiento. Jesús se refirió a esto en su conversación con Nicodemo: "El que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3:5). Pablo amplió esta afirmación cuando dijo que "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Co. 5:17).

Tenemos una ilustración de nuestro nuevo nacimiento en el nacimiento físico de Jesucristo. En su nacimiento, la vida divina y sin pecado del Hijo de Dios fue colocada dentro del cuerpo humano pecaminoso de la virgen María. Por un tiempo pareció como si esta vida divina hubiese sido tragada. Pero eventualmente se reveló con el nacimiento del niño Jesús.

De manera análoga, nosotros experimentamos la vida divina dentro nuestro cuando el Espíritu de Cristo viene a morar dentro de nuestros corazones. Podemos preguntarnos como hizo María: "¿Cómo será esto? ya que yo no tengo la posibilidad de engendrar vida divina". Pero la respuesta la encontramos en las palabras del ángel: "El Espíritu vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1:35). No nos convertimos en seres divinos, como algunas religiones orientales creen. Pero en un cierto sentido la propia vida de Dios viene a morar dentro nuestro de manera tal que podemos ser llamados con justicia hijos e hijas de Dios.

Como fuimos unidos a Cristo en el momento de su muerte sobre la cruz, la redención del pecado nos ha sido asegurada, y somos justificados de todo pecado. Pablo escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Ro. 6:3). Y en otra ocasión dice: "en quien tenemos redención por su sangre" (Ef. 1:7). Cuando Jesús murió sobre la cruz, aquellos de nosotros que estábamos unidos a él por medio de la fe salvadora también morimos con él en lo que respecta al castigo que nos correspondía por el pecado. Dios el Padre hizo morir a Dios el Hijo. Como estamos unidos a él, en cierto sentido también a nosotros nos hizo morir. Al hacerlo, nuestro pecado fue castigado y nunca más hemos de temer que pueda volver a surgir para atemorizarnos. Como lo expresó Henry G. Spafford en ese himno tan conocido:

Feliz yo me siento al saber que Jesús
libróme de yugo opresor;
Quitó mi pecado, clavólo en la cruz;
gloria demos al buen. Salvador.
Estoy bien, ¡ Gloria a Dios!
Tengo paz en mi ser, ¡Gloria a Dios!

Como estamos unidos a Cristo en su muerte, también estamos unidos a él en su vida. Pablo desarrolla este pensamiento en el capítulo 6 de la epístola a los Romanos:

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado, murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Ro. 6:4-11).

Mediante nuestra identificación con Cristo en su muerte el poder del pecado sobre nosotros ha sido quebrado, y ahora estamos libres para obedecer a Dios y crecer en santidad.

Por último, al mirar hacia adelante, nuestra identificación con Cristo en esta unión espiritual nos asegura nuestra resurrección final (Ro. 6:5; 1 Co. 15:22) y nuestra glorificación (Ro. 8:17). Como estamos unidos a Cristo, eventualmente hemos de ser como él es. Como nunca podremos separarnos de él, siempre estaremos con él (1 Jn. 3:2).

En un sentido, "la unión con Cristo" es la salvación. Murray escribe, "Vemos que la unión con Cristo tiene su origen en la elección de Dios el Padre antes de la fundación del mundo y que tiene su culminación en la glorificación de los hijos de Dios. La perspectiva del pueblo de Dios no es estrecha; es amplia y es extensa. No está confinada en el tiempo y el espacio; tiene la expansión de la eternidad. Su órbita tiene dos puntos focales, uno de ellos es el amor electivo de Dios el Padre en los consejos de la eternidad, el otro es la glorificación con Cristo en la manifestación de su gloria. La primera no tiene principio, la segunda no tiene fin".⁶ Fuera de Cristo no sería posible contemplar nuestro estado sin otro sentimiento que no fuera de horror. Unidos a él todo cambia, y el horror se convierte en una paz indescriptible y en un gozo inconmensurable.

El misterio de la unión

A esta altura alguien podría estar preguntándose: "¿Pero cómo estoy unido a Cristo? ¿En qué sentido he muerto con él? Todo esto parece ser un mero juego teológico de palabras". Estas preguntas son ciertamente comprensibles dada la dificultad real de este tema. Sin embargo, es necesario que busquemos el entendimiento, como lo sugirió Anselmo en su frase *Fides quaerens intellectum*, "La fe en busca de entendimiento". Cuando lo hacemos, encontramos, como suele suceder, que la Biblia nos ha provisto de mucho para ayudarnos en nuestra búsqueda, en especial en forma de ilustraciones.

La primera ilustración que nos provee la Biblia es la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio. En Efesios 5, Pablo retrata a Cristo en su papel de esposo y a la iglesia en su papel de esposa. Concluye diciendo: "Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia" (Ef. 5:32).

¿Qué clase de unión existe dentro de un matrimonio ejemplar? Evidentemente, se trata de una unión de amor, que conlleva una armonía de mentes, almas y voluntades. En el plano humano no siempre estamos conscientes de esto como deberíamos serlo. Sin embargo, este es el ideal; y está apuntando de manera muy natural a nuestra relación con Cristo, donde crecientemente se nos hace posible obedecer el gran mandamiento de Cristo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente" (Mt. 22:37, una referencia a Dt. 6:5). No siempre somos exitosos en este plano tampoco, pero es el ideal al que el Espíritu Santo nos impulsa.

Es posible, sin embargo, concebir una unión de mentes, corazones y almas fuera del matrimonio. Lo que hace al matrimonio singular es el nuevo conjunto de relaciones legales y sociales que crea.

Luego del casamiento, el nombre de la mujer cambia. Entra a la iglesia como María Tower, digamos. Se casa con Jim Schultz y deja la iglesia como la señora Schultz. María ha sido identificada con su marido por medio de la ceremonia de casamiento. De manera similar, el nombre del creyente cambia de señorita Pecadora a señora Cristiana cuando se identifica con el Señor Jesús.

Junto con el cambio del nombre hay también cambios legales. Si María tenía propiedades antes de la ceremonia de casamiento, las podría haber vendido hasta esa misma mañana con sólo su firma en el documento. Después de la ceremonia de casamiento ya no puede hacer eso, todos los asuntos legales suyos y de su marido ahora están unidos. Este simple hecho está arrojando una luz penetrante sobre la necesidad de nuestra unión con Cristo como la base de nuestra salvación. Por medio de nuestra unión con él, él, nuestro esposo y novio fiel, puede pagar la pena en que habíamos incurrido por causa de nuestro pecado.

Por último, hay cambios psicológicos y sociales. María sabe que ahora es una mujer casada y ya no es soltera. Confía en adaptarse a su nuevo marido y a partir de este momento considerará a los demás hombres de manera diferente. Es posible que hasta se encuentre con compañías nuevas, con nuevos amigos y metas nuevas para su vida debido a su nueva relación. De manera semejante, cuando estamos unidos a Cristo nuestras antiguas relaciones cambian y Cristo se convierte en el centro de nuestras vidas y de nuestra existencia.

La segunda ilustración de la unión con Cristo es la de la cabeza y el resto del cuerpo. En Efesios 1:22-23 leemos: "y [Dios el Padre] sometió todas las cosas bajo sus pies [es decir, los de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Y otra vez, en Colosenses 1:18, Pablo escribe: "él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia". El desarrollo lo encontramos en 1 Corintios 12:12-27, que dice en parte: "porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular".

Esta ilustración nos está señalando primero, que nuestra unión con Cristo es también una unión entre cada uno de nosotros. Como podemos ver en la primera carta de Pablo a los Corintios, los cristianos allí estaban

divididos, y Pablo estaba intentando convencerlos de la necesidad de que tuvieran una verdadera unidad. Segundo, la "cabeza" de Cristo está haciendo hincapié sobre su señorío. Todos somos miembros del cuerpo, pero se trata de *su* cuerpo. Él es la cabeza. El cuerpo funciona bien cuando responde a él. Tercero, y muy importante, la ilustración nos muestra esta unión de la cabeza y el cuerpo como una unión viva y por lo tanto en crecimiento. Esto significa que la unión no se establece por medio de la acción de unirse a una organización externa, ni siquiera a una iglesia verdadera. Se establece, en cambio, sólo cuando Cristo mismo pasa a residir dentro de la persona.

La siguiente ilustración, la de la vid y los pámpanos (Jn. 15:1-17), resalta el propósito de la unión del creyente con Cristo: el que podamos llevar fruto, para ser útiles a Dios en este mundo. Debemos notar que esta producción de frutos se logra por el poder de Cristo y no por algo en nosotros. Es más, "separados de [él], nada podemos hacer" (vs. 5). Cristo nos poda, y nos adiestra para su obra para que llevemos fruto de la manera como él quiere.

La última ilustración de la unión del creyente con Cristo es el cuadro de un templo espiritual compuesto de muchos ladrillos pero con Cristo como el fundamento: "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:20-22). Hay paralelos con esto en la ilustración de Cristo sobre "el hombre prudente que edificó su casa sobre la roca" (Mt. 7:24), y otras referencias esparcidas de Pablo sobre nosotros como "el edificio de Dios" (1 Co. 3:9; 11-15). En cada uno de estos casos la idea central es la misma: la permanencia.

Como Jesús es el fundamento, y Jesús no cambia, todo lo que se edifique sobre él también será permanente. Los que pertenecen a Cristo no perecerán sino que permanecerán hasta el fin.

El bautismo del Espíritu

¿Cómo es esto posible? Hemos visto que la unión con Cristo es un cambio legal. Es una relación viva. Es la fuente del poder divino dentro de los cristianos. Es permanente. ¿Cómo es posible que nosotros que hemos tenido una relación legal (una condenación) entremos en otra relación como hijos e hijas de Dios? ¿Cómo es posible que nosotros que estábamos espiritualmente muertos hayamos sido vivificados, que nosotros que estábamos sin fuerzas y débiles hayamos sido fortalecidos, que nosotros que éramos polvo podamos ahora vivir eternamente? La respuesta es por el Espíritu Santo. Estas verdades serán una realidad en nuestra experiencia individual sólo en la medida que el Espíritu de Cristo nos una a Cristo.

Esto es el significado de la frase bíblica tan importante, "el bautismo del Espíritu Santo". Hoy en día esta frase suele utilizarse para describir un tipo de experiencias vinculadas al don de hablar en lenguas, que pueden o no venir del Espíritu Santo. Discutiré los dones del Espíritu, y el don de hablar en lenguas, en detalle en el cuarto y último tomo de este volumen. Pero el uso de esta frase es erróneo. Como también es erróneo pensar en el bautismo del Espíritu como siendo una segunda obra de gracia, como algunos lo han considerado. Resulta obvio que la vida cristiana debería estar empapada de muchas obras de gracia y varias manifestaciones del Espíritu (Gá. 5:16; Ef. 5:18). Pero el punto que deseo dejar establecido es que "el bautismo del Espíritu Santo" no se refiere a esto. Describe, en cambio, cómo todos los creyentes verdaderos se identifican con Cristo como miembros de su cuerpo místico. Para entender mejor esta frase, debemos examinar los siete pasajes del Nuevo Testamento en los que aparece.

Cinco de estos pasajes son de naturaleza profética. Miran hacia adelante, hacia cuando el Espíritu de Dios se derrame sobre su pueblo de acuerdo con las profecías del Antiguo Testamento, como la de Isaías 32:15; 44:3; y Joel 2:28. Lo que las distingue es que todas están relacionadas con el ministerio de Jesús. Es así como en cuatro ocasiones Juan el Bautista es citado diciendo: "Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11; pasajes paralelos en Mr. 1:7-8; Lc. 3:16; y Jn. 1:33). En la quinta ocasión aparece Jesús mismo encargándole a sus discípulos que se quedaran en Jerusalén para esperar al Espíritu Santo que vendría en Pentecostés: "Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hch. 1:5). En el griego original Jesús es llamado "el Bautista" o "quien bautiza" porque bautiza con el Espíritu Santo del mismo modo que Juan es llamado "el Bautista" porque bautiza con agua.

La sexta referencia al bautismo del Espíritu Santo es histórica (Hch. 11:16). Se refiere al don simultáneo del Espíritu Santo sobre el hogar de Cornelio y como estas personas creyeron en Jesús como resultado de la predicación de Pedro. Esta referencia es significativa porque muestra que el Espíritu Santo había de ser dado

también a los gentiles como antes había sido dado a los judíos; en otras palabras, que no había de existir dos niveles o rangos de cristianos dentro de la iglesia.

La séptima referencia es la más importante de todas porque es didáctica; es decir, es un pasaje cuyo propósito es enseñar (en lugar de ser simplemente descriptivo). Por lo tanto nos está presentando la doctrina en base a la cual hemos de interpretar los otros pasajes. En 1 Corintios 12:13 Pablo escribe: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo sean judíos o griegos, sean esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". Primero, notamos que la unidad de los cristianos está enfatizada en este pasaje. Los cristianos de Corinto habían permitido que su deseo de tener los dones espirituales los dividieran, pero Pablo les escribe que en realidad son uno. Su argumento principal es que todos han sido bautizados por un Espíritu en un solo cuerpo de Cristo. Esta es una advertencia inmediata para todo aquel que permita que un énfasis sobre el "bautismo del Espíritu Santo" definido como una obra de gracia divida a los cristianos y destruya su comunión.

Segundo, vemos que esta experiencia es universal para *todos* los creyentes. Aquí, la palabra decisiva es *todos*, porque Pablo escribe que "fuimos *todos* bautizados" y que "*a todos* se nos dios a beber de un mismo Espíritu". En otras palabras, el bautismo del Espíritu Santo no es una experiencia especial y secundaria reservada para algunos cristianos sino que es la experiencia inicial de todos por medio de la cual se convierten en cristianos en primer lugar. El bautismo significa la identificación con Cristo. El papel del Espíritu Santo es identificarnos con Cristo y, por lo tanto, con su cuerpo espiritual, la iglesia. Hace esto engendrando la fe en nuestros corazones mientras que al mismo tiempo nos incorpora a la familia de Dios.

John R. W. Stott, en un estudio valioso sobre estos versículos, resume la evidencia de esta forma: "El 'don' o 'bautismo' del Espíritu es una de las bendiciones *distintivas* del nuevo pacto, es una bendición *universal* para los miembros del nuevo pacto, porque es una bendición *inicial*. Es parte integral de pertenecer a la nueva era. El Señor Jesús, el mediador del nuevo pacto y el dador de sus bendiciones, es quien perdona los pecados y otorga el don del Espíritu a todos quienes entren en su pacto. Además, el bautismo con agua es el sello y signo del bautismo del Espíritu, como también lo es del perdón de pecados. El bautismo por agua es el rito cristiano de iniciación, porque el bautismo del Espíritu es la experiencia cristiana de iniciación".⁷

¿Pero qué de la descripción de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés y el don de lenguas que la acompañó? ¿No está sugiriendo esto que el hablar en lenguas (o algún otro don espectacular) debiera ser una experiencia normativa y deseada por los cristianos, no importa cuál sea el significado técnico de la frase "el bautismo del Espíritu"?

Debemos pensar la respuesta con cautela. Primero, si el bautismo del Espíritu Santo es la "experiencia cristiana de iniciación", como dice Stott, y si hablar en lenguas o algún otro don espectacular es la evidencia necesaria de ese bautismo, entonces quienes no han tenido dicha experiencia no son salvos. Esta es una conclusión drástica, que pocos podrían hacer, ya que la salvación se basa exclusivamente en la fe en el Señor Jesucristo como Salvador, y muchos que no han tenido el don de lenguas o algún otro don espectacular claramente han hecho esta profesión de fe. Pero esta es la conclusión a la que llegamos si vinculamos la experiencia de Pentecostés con el bautismo. Muchos de los que defienden la necesidad de la experiencia pentecostal evitan esto hablando de una segunda obra de gracia, aunque sin ninguna base bíblica.

Cuando leemos los pasajes que tratan explícitamente los dones y el bautismo, nos encontramos que son muy equilibrados. El ejercicio del don de lenguas no está prohibido (1 Co. 14:39). Es un don espiritual válido (1 Co. 12:4,,11). Pero mientras todos los cristianos tienen por lo menos un don, no todos tienen este don (1 Co. 12:29-30), y no se nos anima a que lo deseemos más que a los otros (1 Co. 14:1-5). Las diversas listas de los dones que encontramos en 1 Corintios pueden ser leídas como sugiriendo que las lenguas —que siempre aparecen en el último lugar de la lista— están relativamente bajas en la escala de importancia de los dones.

¿Por qué enfatiza Lucas el don de lenguas en su relato de Pentecostés? Sería suficiente decir que lo hace simplemente porque esto fue lo que sucedió en cumplimiento de la profecía de Joel. Pero si hemos de buscar un significado teológico —lo que es válido hacer ya que Lucas era un historiador de orientación teológica y no un mero cronista de fechas y acontecimientos— este lo encontraremos en el resultado final de Pentecostés: la proclamación del evangelio y la respuesta que hubo —no la simple experiencia de las lenguas—. Charles E. Hummel ha escrito un libro en donde en uno de sus capítulos intenta zanjar las diferencias que existen entre las teologías pentecostales y no pentecostales. Niega estas diferencias, que yo he señalado entre los pasajes descriptivos y los pasajes didácticos. Pero, sin embargo, cuando habla sobre el énfasis teológico singular de Lucas, no centraliza su atención sobre la experiencia de hablar en lenguas sino en la expansión del evangelio. "De acuerdo con la enseñanza de Lucas, el bautismo del Espíritu en los discípulos fue un fortalecimiento de su testimonio profético".⁸

Para concluir hemos de señalar que el bautismo del Espíritu Santo es para todos los cristianos y que es el equivalente de estar unidos a Cristo en la salvación. Los cristianos también han de ser llenos del Espíritu Santo, una experiencia de gracia que se expresará en el testimonio sobre Cristo, pero no hay ninguna instancia en el Nuevo Testamento en que se amoneste a un creyente a ser bautizado con el Espíritu Santo o se le diga que lo haga, por la sencilla razón que no puede encomendársele que busque algo que ya ha tenido lugar en su vida. Este bautismo del Espíritu Santo o unión con Cristo es el fundamento y la base de donde fluyen todas las demás bendiciones espirituales personalizadas.

Notas

1. James S. Stewart, *A Man in Christ: The Vital Elements of St. Paul's Religion* (New York: Harper and Brothers, n. d.), p. 147.
2. John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1955), p. 170.
3. Calvino, *Institutes*, p. 541.
4. Arthur W. Pink, *Spiritual Union and Communion* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1971), p. 7.
5. Donald Grey Barnhouse, *God's Freedom* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1958), *The Epistle to the Romans*, vol 6, p. 35.
6. Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 164.
7. John R. W. Stott, *The Baptism and Fullness of the Holy Spirit* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1964), p. 28.
8. Charles E. Hummel, *Fire in the Fireplace: Contemporary Charismatic Renewal* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1978), p. 182.